ALFONSO REYES Y SU «TERTULIA DE MADRID»

POR

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

No podemos leer TERTULIA DE MADRID (1), libro reciente de Alfonso Reyes, sin sentir proyectada sobre esas páginas nuestra sombra de entonces: un «entonces» que corresponde a la posguerra de la penúltima conflagración, ensayo de la reciente, a distancia de veinte años. España había permanecido neutral, y los españoles, por mucho que se entregasen al vehemente juego de las «filias» y las «fobias», también se consideraban ajenos al descomunal conflicto. Para algunos, para no pocos intelectuales y afines—incluso los *snobs*—, la guerra apenas si había sido otra cosa que el motivo de que viniesen a España los «Bailes rusos». Todavía se encandilan muchos ojos, cansados ya, con la evocación de aquellos Bailes, espectáculo fascinador de veras, derivado de un espectáculo mayor, drama sordo, mate y siniestro: la guerra misma; tormenta, para el español, lejana. Pero ¡qué gratas salpicaduras...! Para unos, los nuevos ricos, el agio. Para otros, aquellos de la *élite* antes aludida, el goce de una novedad deslumbrante como ninguna de las muchas que trajo el siglo en su zurrón o caja de sorpresas: los «Bailes rusos», de inmediata repercusión en el teatro, todo teatro—comenzando, claro es, por la escenografía—;

(1) Alfonso Reyes: *Tertulia de Madrid.* Colección Austral, núm. 901. Espasa-Calpe, S. A. Buenos Aires, 1949. 146 págs.

en la música, en la poesía, en la pintura, en las varias formas de la creación artística.

A esa luz, muchos españoles se situaron en línea de fuego, en vanguardia. El último frente prometía como los anteriores, los de la guerra efectiva, un mundo nuevo también. Más aún: la Literatura y el Arte volvían a nacer: DADÁ. Por lo menos, nacieron los *ismos*, y quien en esa batalla de metáforas no fuese beligerante, se sentía, desde luego, movilizado. De banderín de enganche servía cualquier *ismo*, convencional y todo, pero llamativo: no en vano escribió Eugenio d'Ors: «Ultra tiene razón.»

Alfonso Reyes, mejicano rápidamente arraigado en Madrid, y sus amigos, que lo eran de siempre, por la fuerza retroactiva del afecto, se regían, nos regíamos, en gran parte de la jornada, por los relojes que cita el autor de TERTULIA DE MADRID, en las páginas dedicadas a Valle-Inclán: «¡Cuántas tardes así! Desde la terraza del Regina hemos visto, juntos, morir las tardes desmenuzadas en el telar de dos relojes públicos: uno, el de la Equitativa, célebre desde que un chusco lo rifó (teóricamente, ya se sabe); el otro —espectral—, cogido como por milagro entre la tablazón que oculta las obras del Banco de Bilbao. A medida que anochece, las dos esferas se van congestionando de luz, y es una gloria ver morir el tiempo bajo la lanzada de Longinos. Don Ramón—que quiere darse una fiesta—ha pedido una golosina: ¡Cherry Brandy...!»

¡Ah, sí! ¿Cómo no recordar a don Ramón, a Alfonso Reyes, a la tertulia del Regina, al reloj comercial y reclamístico de la valla aquella...? A don Ramón, naturalmente: «Ese gran don Ramón de las barbas de chivo...» Pero ¿fueron alguna vez de chivo las barbas del faquir don Ramón? Recordamos a Alfonso Reyes, menudo y redondo, sutil, cortés y seseante, en grupo con los demás contertulios, alrededor de la mesa rectangular, junto a la columna central del café: todo nuevo, blanco, sin espejos ni divanes de *pelouche* rojo: «Son los intelectuales», decían los otros asiduos al café: políticos de provincias, mujeres equívocas o sin equívoco alguno, toreros; los tipos mismos, al natural, que dibujaban por entonces Penagos y Tovar.

Recordamos, sí, a Unamuno, contertulio circunstancial, automático dictador de su monólogo (Valle-Inclán no llegaba a tanto, y aun necesitaba de la réplica en la conversación general). Recordamos a Díez-Canedo, Juan de la Encina, García Bilbao, Torroba, Moreno Villa... Recordamos a hispanoamericanos tan españoles y madrileños como don Francisco A. de Icaza, o a Sanín Cano, o a

Contreras, que traían al Regina, en sus bolsillos de viajeros, las novedades de París y Londres. Tertulia abigarrada, en constante fluir, con mucho de aula extraña y libérrima, de más maestros que discípulos, contándose entre los de incorporación más reciente el que esto escribe, muy satisfecho de conocer en persona a los colaboradores de *España* y *El Sol.*

No es esa tertulia del Regina el tema ciertamente del libro de Alfonso Reyes, que sólo en algún momento, y por necesidad de lo que cuenta o juzga, cobra apariencia de *Memorias* personales. Pero sí ha inspirado, de seguro, un título que transparenta el fondo conveniente a la evocación de los grandes escritores con quienes Alfonso Reyes, en mayor o menor grado, convive: «Azorín», Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna... y Galdós, que muere por entonces. Y a alguna mayor distancia en el tiempo, pero muy cerca en el espacio hispanoamericano, Rubén Darío, conocido de Alfonso Reyes en su obra y ambientes varios, ya que no tratado. Todos esos grandes escritores señorean su respectivo velador en el gran café del mundo literario: tertulia a distancia e íntima. No importa que el tertuliano se localice en aquel Regina, o en aquel Centro de Estudios Históricos de la calle de Almagro, o en la Granja El Henar, o en el Ateneo, o en la redacción de la *Revista de Occidente,* o en Pombo, o en la Residencia de Estudiantes, o en el Retiro. Ni siquiera que se aísle en cabina almohadillada. Todas las ondas de esa conversación dispersa son captadas por el oído, los ojos o la pluma de Alfonso Reyes.

«... con el horror de la Literatura», nos dice Rubén Darío en el primero de sus CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA; pero no obstante el sentido peyorativo que la Literatura llega a adquirir, ¿cabe imaginar un momento de mayor infiltración literaria, con todas sus consecuencias, que el significado por los hombres del 98 y, concretamente, por el Modernismo...? No es ya que la Literatura—entiéndase Retórica a estos efectos—informe algo que debiera serle refractario, la Poesía, y no digamos, por obvio, el Teatro—teatro de Benavente y de Valle-Inclán—, sino que se realiza, artística o artificiosamente, en la vida misma. Viven «en literato» los escritores de entonces, como en su día habían vivido también los románticos, contrahaciéndolo todo, desde la melena caprichosa al matiz de la afectada pasión. Señalamos por nuestra cuenta ese fenómeno a propósito de la anécdota que Alfonso Reyes nos cuenta. Viajaba Rubén Darío de Xalapa a Veracruz, y en el mismo coche iba «cierto sacerdote aficionado a las cosas literarias». Hablaron de poetas,

y de uno en otro «hubieron de dar alguna vez en don Julio Flórez. Como Darío hiciese una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote: «Sí, ya lo sé; a usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela...» Y a boca llena, con toda la inconsciencia de un niño a quien han enseñado a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele: «Yo no tengo escuela, no sea usted *pendejo*...» He ahí una anécdota que nos llevaría a plantear el problema histórico y estético de Rubén Darío y el modernismo si el propósito de este artículo permitiese tal digresión. Pero claro es que Rubén Darío tenía una escuela: la suya, gravada con la servidumbre propia de todo el que llega a conocer la penosa gloria de los discípulos. De Rubén Darío a los postmodernistas, ¡qué terrible caída por el talud de la Literatura, de la Retórica...!

Serían muchas las divagaciones a que pudiéramos entregarnos, bajo la sugestión de TERTULIA DE MADRID, si no resistiéramos a la tentación de estos *Ensayos*, de Alfonso Reyes, muy breves, pero de esencia muy concentrada en el pomo de las palabras precisas: ensayos que parecen arbitrarios en la ondulación de sus motivos, pero muy certeros en su toque rápido y penetrante al punto vivo de cada tema. Por ejemplo: en la valoración de Galdós—muy comprometida y ardua en los años siguientes a su muerte—, ¿cómo no ha de aclarar mucho las cosas una observación, puramente incidental y, sin embargo, definitiva de Alfonso Reyes? Nos referimos a unas palabras que enuncian una verdad de las de clavo pasado, y aun de las que Pero Grullo hace suyas: «... el estilo de Galdós es el estilo del novelista, y no el del ensayista o el del poeta.» En tan sencilla observación va envuelto nada menos que el problema de sustantivación de la novela. Aun en los tiempos de Galdós, de notorio auge de la novela propiamente dicha, Valera se iba de la narración al ensayo con cierta frecuencia; Pereda se entregaba, morosamente, a la poesía descriptiva de la Naturaleza, y Alarcón solía descender al reportaje. Era Galdós quien devolvía al estilo propio de la novela todas las características del canon establecido por Cervantes, como si recrease la prosa narrativa, para dotarla de las formas de sensibilidad que su tiempo exigía. ¡Qué realismo, qué veracidad, qué sentido humano, en cualquiera de sus manifestaciones, hay en Galdós...!

Pero la cita de Alfonso Reyes a este respecto nos parece necesaria: «En el acervo de Galdós pueden espigarse como de paso, y ofrecidas con ese candor de la verdadera fecundidad, mil audacias de que suele jactarse la novela más revolucionaria de nuestros

días: el monólogo interior, punto y contrapunto, acierto en la coherencia como en el desorden, belleza en la unidad como en la dispersión, invención poética y también fidelidad de crónica, imaginación y estudio, sentimiento de lo terreno y de lo extraterreno. De todo hay: temas de anticipación científica, atisbos del tema policial, inspiraciones oníricas o arrancadas del sueño, lo humano y lo sobrehumano, naturalismo sin compromisos y siempre sobresaltado de sorpresas, poematismo sin flojedades, la nitidez más tersa, las reconditeces del psiquismo mórbido, el retrato doméstico y las figuras que tienden a convertirse en alegorías...»

El humanista que lleva Alfonso Reyes—«muy antiguo y muy moderno»—dentro de sí, le permite comprender perfectamente a Galdós, por encima del esteticismo formal y del puro intelectualismo que cualifican la generación a que pertenece Alfonso Reyes: la continua, por toda suerte de razones, a la del 98. De ahí que Alfonso Reyes, departiendo en el libro que glosamos con Valle-Inclán, con «Azorín», con Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna, no necesite hacer ni el más leve esfuerzo para comprenderlos. Automáticamente se identifica con ellos, esteticistas e intelectuales todos, poseídos de comunes admiraciones: a Lope y a Góngora, a Montaigne y a Mallarmé, a Larra y a un Nietzsche convencional.

Entre los rasgos de «Azorín», Alfonso Reyes nos señala uno muy expresivo de su estilo: «En lugar de *tres*, suele decir: uno + + uno + uno. Es que algunas veces no trata, sino que deletrea el objeto como un primitivo.» Calando en la psicología de «Azorín», Alfonso Reyes descubre al tímido: tímido, escribiendo, con inesperadas reacciones, al desquitarse, en su momento, con palabras audaces; tímido, leyendo. Porque también ser lector es un modo de ser tímido. «La amistad de los libros es una imitación atenuada de la amistad de los hombres. No hay amigo tan complaciente como un libro; a su autor, ni siquiera le tenemos delante.» Hombres como «Azorín», desde luego, son aficionados a contemplar el mundo desde la barrera de su silencio, o, cuando menos, de sus tasadísimas palabras; de su timidez reflexiva, voluptuosamente entregada a la percepción del detalle más recóndito, del pormenor más imprevisto. De la barrera de la contemplación desinteresada pasa «Azorín» a la ventana del escape lírico. «Poeta de ventanas», le llama Alfonso Reyes. Pero ¿no es también Alfonso Reyes poeta de ventanas...? Desde su ventana ha visto Al-

fonso Reyes, a su vez, pasar la humilde historia de cualquier día, sin que le puedan quitar «el dolorido sentir».

La ventana de Alfonso Reyes, ventanita muy alta en el chaflán de Hispanoamérica, se abre al quebrado paisaje de la vida literaria de Madrid, en un momento determinado. Bastaría para localizar sus observaciones en el tiempo con esta puntualísima visión de Juan Ramón Jiménez: «... Se pasa lo más del día enclaustrado y, sobre todo, corrigiendo lo ya hecho; como él dice, *depurando la obra*. Casi anochecido, sale por la Castellana y se pasa un rato en la librería del Caballero de Gracia, que los aficionados llamamos *Los Alemancitos*. En *Los Alemancitos* se le puede encontrar siempre, husmeando los libros nuevos. Levanta la cabeza—la noble cabeza de Greco—y nos clava esa mirada profunda y seria, negra y azul.» Es el Juan Ramón que ya no se guarecía en el cuartito acolchado de su piso de la calle del Conde de Aranda. Le bastaba con su resuelta voluntad de aislamiento para hacer de su nueva instalación, en un piso de la calle de Lista, fortaleza de cristal. El que penetró en ella alguna vez no olvida, de seguro, la onda de extrema delicadeza que allí le envolvía. Inesperado y sumo donaire andaluz de Juan Ramón; exquisita sonrisa de Zenobia; arte depurado en el doméstico exorno y familiar agasajo. Eran los días de ÍNDICE a SÍ; los de la SEGUNDA ANTOLOJIA POÉTICA. Se veía claro que en aquella torre de cristal se diese la flor «sin tallo y sin raíz, nutrida por la luz...» del poema en que, según Alfonso Reyes, se cifra el arte de Juan Ramón Jiménez: flor absoluta, abstracta.

Quienes no comprendan cómo sobre unos escritores jóvenes se ejercían influencias tan dispares y aun contradictorias, como las de Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna, no podrá entender, de ninguna manera, ese momento de nuestra Literatura, revelador de extraordinaria y desbordante vitalidad. Los jóvenes, escritores o no, no acostumbran a prescindir de nada. Para los de vocación más pura, profesos en el juanrramonismo, o de horizonte abierto a la cultura por la cultura misma, profesos en el orteguismo, la Vida—por algo se llamaba así la sección de Ramón en *El Liberal*—, la vida, en su estricto sentido temporal, estaba en Pombo. Era en Pombo donde el escritor joven, por exigente y puro que se considerase, pactaba con la vida literaria, en sus más varias y pintorescas manifestaciones, con los penúltimos arrastres de la bohemia. Pero ¿qué tamiz admite el caudal enorme de la vida...? Tamiz, no; pero lupa, sí. Con la lupa de la *greguería*, Ramón Gómez de la Serna enseñó la magnífica verdad de que nada

es indigno de salvarse por la creación literaria, poéticamente: cuanto más pequeño, insignificante o vulgar, mejor. Alfonso Reyes recoge un juicio de don Francisco A. de Icaza que nadie ha de tomar en sentido denigratorio: «Gómez de la Serna es hombre que dice todo lo que se le ocurre, escribe todo lo que dice, publica todo lo que escribe y obsequia con todo lo que publica.» No de otra manera, oceánica y natural, se produce la obra de Ramón, inventor de la *greguería* como clave de un mundo que se hace, rehace y contrahace al minuto. «... Y andando por esas calles de Dios da con el Rastro... En el Rastro cree ver Gómez de la Serna el comienzo y el acabamiento del mundo, con una filosofía parecida a la de Quevedo.» Alfonso Reyes, por su parte, busca siempre la galería subterránea, que enlaza lo más distante de nuestra Historia literaria, sublimado Rastro, precioso e inmenso.

El hallazgo de tantas exploraciones, llevadas a cabo con instrumental invisible de puro sutil, aflora en TERTULIA DE MADRID. El lector se cree presente en las animadas conversaciones sugeridas por Alfonso Reyes. Bien dice: «Sucede con nuestros papeles de ayer, que nos parecen tan propios como ajenos.» Nuestra sombra de entonces se llama, desde luego, a la parte, en esa composición, «entre el recuerdo y el juicio», tocada de una difícil y erudita, paradójica, gracia poética.

Melchor Fernández Almagro.
Ayala, 61.
MADRID.

«MATHIS DER MALER», DE HINDEMITH, por *Federico Sopeña Ibáñez.*

No, por favor, no hablo de la sinfonía MATHIS DER MALER, sacada ciertamente de la ópera y única cosa que en España se conoce: esos tres trozos sinfónicos reunidos no tienen valor de antología, sino, a lo sumo, de *trailer*. Compuesta la ópera en 1935, poco antes del exilio de Hindemith, sólo ahora parece volver con caracteres de redescubrimiento: de hecho, su estreno en la Opera de Roma por el teatro de Stuttgart es el acon-